

## Resumen

El objeto de este artículo es describir los conceptos de narración, voz y perspectiva en la Historia de la Lingüística. La lectura de dos cuentos sufíes incide en el concepto de narración. Y aporta una parábola sobre el discurso histórico. Del relato con personajes del mundo persa se deriva una reflexión sobre la relación entre la Lingüística y su Historia. Y establece el principio de que el conocimiento histórico es inseparable de las mediaciones culturales y la interpretación de los paradigmas históricos.

## Palabras Clave

Historia de la Lingüística, Historiografía, relato, género, interpretación, paradigma.

## Abstract

The aim of this paper is to describe the concepts of narrative, voice and perspective on the History of Linguistics. The reading of two Persian tales introduces us to the concept of narrative. And it brings a parable about the historical discourse. The adventure of the characters suggests a reflection on the relationship between linguistics and its History. And it establishes the principle that historical knowledge is inseparable from the cultural mediation and the interpretation of historical paradigms.

## Key words

History of Linguistics, Historiography, narrative, genre, interpretation, paradigm.

## 1. Relato, ficción e Historia

La Historia es un género narrativo que, a diferencia de la ficción, persigue objetivos científicos. Y la historiografía es la ciencia crítica de la historia (Bruner 1990; Lledó 1991; Laborda 2002). Por su raíz griega, *istorín*, historia significa la indagación del pasado. Es la interrogación que se hace a los testigos para averiguar la verdad. Construye una perspectiva inquisitiva que promueve la declaración de los testigos y la interpretación de los documentos para establecer el verdadero conocimiento sobre los acontecimientos humanos del pasado.

La historiografía define la Historia como narración de los hechos pretéritos, es decir, como indagación y producción de discursos narrativos (Barthes 1967, 1968; Lozano 1987). Y pone de manifiesto algo fundamental en la disciplina. Señala la naturaleza ideológica de la historia, esto es, el carácter constructivista de la realidad histórica mediante la ideación científica.

Paul Veyne, en *Cómo se escribe la historia*, ofrece una definición de los términos historiador e historia que resulta paradójica:

“Los historiadores narran acontecimientos verdaderos cuyo actor es el hombre. La historia es una novela verídica. Una respuesta que, a primera vista, parece no serlo”. (Veyne 1971:10)

En esta cita Veyne identifica la obra de historia con la novela, más concretamente con la “novela verídica”. Y reconoce la dificultad que plantea la asimilación de tal principio. Ello es así porque la historia de la ciencia no toma la apariencia de relato. La narración sencillamente pasa desapercibida. Por esta razón el género didáctico de la Historia contrasta con el género narrativo, sea en las modalidades de novela, leyenda o cuento.

Para tratar de la historia de la lingüística puede ser provechoso leer un cuento popular. Invocamos aquí un discurso, concretamente una narración explícita, típica. En ella aparecen personajes que protagonizan acontecimientos. La trama es ficticia y en ello radica la principal diferencia con la Historia como discurso científico. Pero más allá de esta oposición, hay afinidades que consideramos ilustrativas.

El cuento que hemos escogido procede de la tradición persa. En él aparece Nasrudín, un personaje legendario que protagoniza múltiples relatos de fuentes orales. Es un mulá, un sabio sufí que funda su razonamiento en el sentido práctico. No es un héroe ni un iluminado. Tiene las virtudes de un idealista y los defectos de un pícaro. Sus aventuras suelen recoger conflictos y soluciones narrativas muy sagaces. Leemos el cuento “¿Cuánto viviré?”, compilado por Idries Shah (2004).

“¿Cuánto viviré?”

Una noche, Tamerlán soñó que estaba en su lecho de muerte y era destinado a las llamas ardientes del infierno. Muy preocupado por la pesadilla, llamó a sus astrólogos.

—¿Cuánto tiempo viviré? —les preguntó a todos, uno tras otro.

El primero dijo al emir que viviría veinte años. El segundo que viviría cincuenta años. El tercero que viviría cien años. Y el cuarto dijo al emir que no moriría nunca.

—¡Verdugo! —rugió Tamerlán—, decapita a estos hombres. Tres de ellos me han dado demasiado poco tiempo, y el cuarto trata de salvar su cuello.

Luego, volviéndose a Nasrudín, le dijo:

—Tú que me has leído a veces el futuro, ¿qué tienes que decir?

Tranquilamente, el mulá contestó:

—Gran emperador, da la casualidad de que también yo tuve un sueño la noche pasada en el que un ángel me comunicó el día exacto de vuestro fallecimiento.

—¿Y qué dijo? —preguntó Tamerlán con inquietud.

—El ángel me dijo que moriríais el mismo día que yo —replicó Nasrudín.”

En el cuento “¿Cuánto viviré?” brilla el ingenio socarrón de Nasrudín. La historia es fabulosa, es decir, adornada de elementos fantásticos. Combina la presencia de la autoridad —Tamerlán—, del conocimiento —los astrólogos— y de alguien tan popular, tan distanciado de estos ámbitos como Nasrudín. El marco es el salón imperial, donde Tamerlán somete a prueba a los sabios.

Dos breves episodios componen la historia. El primero recoge las respuestas fallidas de cuatro astrólogos y su aciago final. El capítulo de cierre recoge la feliz intervención de Nasrudín y la presumible aprobación del jerarca. En una situación comprometida, que exige una respuesta imposible de imaginar, el protagonista halla una solución digna del oráculo délfico. En vez de responder directa y cuantitativamente a la pregunta del emperador, usa un circunloquio y una estratagema. “¿Cuánto? Tanto como yo.” Nasrudín explota así la fuente más poderosa del conocimiento que es la de la naturaleza humana. No conoce los secretos del firmamento pero sí sabe de los miedos del poderoso. Para dar verosimilitud al desenlace, el anónimo narrador muestra su arte literaria. Dispone el mundo de los sueños al principio y al final del relato.

¿Es una ficción el cuento de Nasrudín? La respuesta afirmativa es obvia. No obstante, planteemos la cuestión de otro modo. ¿Qué puede haber de real en el relato? Quizá los protagonistas. Tamerlán no es una dignidad ni un personaje imaginario, sino una figura histórica. Fue un conquistador turco-mongol de fama legendaria por el poderío y la ferocidad como gobernante. Los datos biográficos, aunque inciertos, refieren que nació en Samarcanda, hacia 1330, y murió en una expedición militar contra China en 1405. Su conocimiento llegó a Europa y durante siglos Tamerlán o *Timur Lang* ha sido una figura novelesca. Y sobre Nasrudín se ha discutido en vano a propósito de si existió y motivó un personaje que ha sobrevivido a la memoria de Tamerlán. Si se tomara al pie de la letra su vaticinio, habría que situar su desaparición en el mismo trance de la muerte del emir, en 1405.

## 2. Intelectual y emocional

El foco de este cuento persa es la profecía como prueba de la pericia de los personajes. El conflicto surge de una doble dificultad. La más evidente es vaticinar el futuro. La otra dificultad se cifra en la desconfianza ante

los mensajeros del futuro. Por un lado, Tamerlán exige a los cuatro astrólogos no sólo el prodigio de pronosticar sobre su longevidad, sino algo aún más difícil como es ponerse de acuerdo todos en la profecía. Por otra parte, Tamerlán brande una inapelable incredulidad. Resulta irónico que espere el don profético pero sin facilitar su realización ni estar predisposto a darle crédito.

El orden del relato da una oportunidad a Nasrudín, pues lo reserva para el segundo episodio. Pero también lo sitúa ante un cometido imposible de realizar. No tiene el conocimiento de los astrólogos. Tampoco tiene margen de respuesta porque aquellos han copado toda la franja vital que pueda imaginarse. Lo que diferencia al mulá Nasrudín de los sabios es la estrategia. Éstos reaccionan de un modo intelectual y se atienen a los términos de la pregunta. Sin embargo, el pícaro Nasrudín sigue una estrategia emocional y da con una respuesta afortunada. Interpreta la petición del caudillo no ya como un deseo de conocer su fatídico término sino como la necesidad de calmar la ansiedad de su pesadilla y el terror de la mortalidad. Nasrudín supera así la doble dificultad, la objetiva de la profecía y la subjetiva del recelo imperial. Y en la narración queda justificada la partición de los episodios y el raro honor de dejar para Nasrudín lo que parece irresoluble.

Las preguntas que formulan las personas, al igual que ocurre con los documentos históricos, requieren una interpretación en su contexto y en su intención. La pregunta del cuento sobre cuánto se va a vivir tiene dramatismo porque evoca experiencias personales. Es fácil imaginar situaciones parecidas en la realidad. ¿Cómo puede responder la cuestión un profesional? Si por ejemplo se plantea a un astrólogo de nuestro tiempo como es el médico –entiéndase la afinidad de expertos–, su respuesta requeriría de pericia y tacto. En una entrevista periodística a Rosa Subirats, médico rural en Falset (Tarragona), leemos la siguiente manifestación:

“Si un paciente mayor me pregunta «doctora, ¿cuánto me queda de vida?», yo le miro, le cojo la mano y permanezco en silencio, para que note la presión y sienta que le acompaño. Al cabo de unos minutos probablemente dirá: «Bueno, mañana volveré a venir». Un silencio compartido con amor puede ser la receta más inteligente”. (Tramullas 2010)

La estrategia de la doctora Subirats es similar a la de Nasrudín. Rehúye el camino usual del profesional porque conoce las limitaciones de la medicina y las necesidades emocionales del paciente. Sus intervenciones suceden en el mundo real y no permiten el recurso de la fantasía, como sucede en el cuento persa. Sin embargo, son una combinación imaginativa los recursos del silencio y la presión táctil de que se vale. Expresan comprensión y respeto, con cálida empatía.

Esta es “la receta más inteligente”, concluye la doctora Subirats. Consiste en ofrecer atención y compañía, es decir, vincular por unos minutos la vida de las dos personas. Y esa es también la estratagema de Nasrudín ante el caudillo, con la diferencia de que el vínculo que pronostica es de por vida y simbólico; están hermanados por las circunstancias de una cita fatal. La credulidad de Tamerlán toma la confianza del mulá como el compromiso de una compañía vitalicia. En definitiva, el buen especialista –el personaje literario o el médico de cabecera– destaca por la comprensión emocional, una capacidad que incluye inteligencia y emotividad. O lo que es lo mismo, pericia técnica y empatía.

### 3. Historia y profecía

Consideremos ahora las afinidades y diferencias entre el relato de ficción y la Historia. Veyne (1971: 10) señalaba la afinidad narrativa: “Los historiadores narran acontecimientos verdaderos cuyo actor es el hombre.” Y también la diferencia científica: “La historia es una novela verídica.” En efecto, la Historia es un género narrativo que, a diferencia de la ficción, persigue objetivos científicos. En este principio distinguimos dos ideas. La primera es de identidad, ya que presenta una afinidad narrativa entre Historia y novela. Al mismo tiempo, la segunda idea es de alteridad, de separación entre los términos. Indica que si la novela responde a un orden estético, la Historia está vinculada a formas del conocimiento científico, en lo cual se distingue de la inventiva novelística. Esta última idea, la del estatuto singular de la historia, es tan antigua como la misma ciencia. La otra, la de la afinidad narrativa, se ha plasmado recientemente. Tanto es así que aún resulta una novedad debatir la condición narrativa de la Historia y su cercanía a la fábula y la ficción en general. “A lo largo de los últimos años —expone Roger Chartier (1993)—, los historiadores han tomado conciencia de que su discurso, sea cual sea su forma, es siempre una narración”. La trascendencia que se atribuye a esta perspectiva es notable, hasta el punto de que incita a una revisión global de la metodología. Es aún más explícito Chartier cuando condensa su significado en una sentencia: “La historia es un discurso construido como la ficción, pero que a la vez produce enunciados científicos”. Al descomponer la sentencia en aseveraciones simples, obtenemos la siguiente relación:

- a) La historia es discurso.
- b) Su discurso es narrativo, como también lo es el de la ficción.
- c) El discurso es científico, una propiedad que incorpora mediante unos procedimientos y unas fórmulas expresivas propias.

Continuamos con la comparación entre el relato de ficción y la Historia. Y recogemos un fragmento del artículo “Sobre historia de la Historia” de José Luis L. Aranguren (1985). Considera aquí el filósofo la Historia política y, más concretamente, la relación de España con la Unión Europea. Y escribe:

“España, como toda nación (...) es una construcción a la vez intelectual y emocional, en gran parte historiográfica. Con razón los historiadores han sido llamados los *profetas del pasado*”. (Aranguren 1985: 11)

Aranguren destaca la influencia de la Historia en la creación de la identidad política. Y resume el producto de la historiografía como una construcción intelectual y emocional. Si predicáramos esta afirmación de la Historia de la Lingüística, quizá sorprenda y parezca tan inconveniente como la de “novela verdadera”. Cuánto más podría creerse de la definición del historiador como “profeta del pasado”. Lo sensato es referir las profecías al futuro y la Historia al pasado. Pero la contradicción flagrante en que parece incurrir el principio que enuncia Aranguren tiene el mérito de llamar la atención y reafirmar unas nociones fundamentales sobre la Historia. Son estas tres.

La Historia es una construcción discursiva.

La Historia no es el reflejo o el recuento de lo acontecido sino una elaboración intelectual y emocional.

La Historia es una producción doctrinal, esto es, una realidad que surge de las corrientes de la Historiografía.

El interés de estos enunciados aforísticos, que son una variante de los que se derivan del pensamiento de Veyne, se cifra precisamente en la función del historiador. Su papel es realmente influyente, como creador y como orador ante la audiencia de lectores e investigadores. “He aquí la gran responsabilidad intelectual que pesa sobre los historiadores”, añade Aranguren.

Volviendo al asunto del cuento de Nasrudín, apreciamos la afinidad de la profecía. A los personajes se les pide que hagan un vaticinio. Por supuesto, Tamerlán desea que sea una buenaventura. Del mismo modo, se espera de los historiadores de la Lingüística que desplieguen con su relato una realidad que tiene mucho de visionaria, en un sentido retrospectivo.

El jerarca interpela al sabio en el cuento así: “Tú que me has leído a veces el futuro, ¿qué tienes que decir?” Según la mentalidad que sostiene esta petición, el futuro está escrito o se revela en signos que preceden lo venidero. Esta mentalidad mágica tiene puntos en común con la que concibe la Historia como una dimensión realizada, para cuyo conocimiento cumple la capacidad de leer sus documentos. Las dos concepciones comparten rasgos de credulidad y simplificación.

#### 4. El género de la Historia

¿Es posible leer el futuro? El esoterismo de la visión del futuro es equivalente a la contemplación del pasado como realidad objetiva y autónoma. Contra este tópico, la historiografía afirma la naturaleza ideológica de la Historia, esto es, el carácter constructivista de la realidad histórica mediante la ideación científica. Y desestima la pretensión positivista de descubrir o reflejar la realidad como una dimensión independiente al historiador (Rorty 1979). Según el modelo vigente en historiografía, el de paradigmas o hermenéutico, la ciencia no busca formular la identidad entre lo real y su discurso, sino que instituye un principio constructivo de esta realidad, ya que la ciencia identifica y categoriza lo real por obra de su postulación.

La historiografía disuelve el prejuicio de la identidad del escrito histórico con las cosas, *res gestae*. Según ese prejuicio, el pasado y sus hechos no tendrían más existencia que la diestra presentación que el discurso les pueda prestar. Pues bien, por el contrario la Historia es producción discursiva, flujo representativo, construcción simbólica.

Un ensayo comprensivo de la cuestión del género, esto es, de las marcas y de las estrategias persuasivas que ha de desarrollar la escritura historiográfica, se halla en la obra del lingüista Jorge Lozano *El discurso de la*



*historia* (1987). La monografía considera las técnicas y convenciones discursivas de las producciones historiográficas. En primer lugar, trata de los problemas de la observación histórica. Analiza el hecho paradójico de la afinidad narrativa entre la ficción y la historia. Y establece la diferenciación entre ambos géneros a partir de observaciones tipológicas de la escritura y de las estrategias persuasivas. Por ejemplo, en la Historia se produce la cancelación de las marcas de subjetividad en la expresión o el uso del tiempo de futuro: “como se habrá de ver”, “como sucederá”. Desaparecen así las trazas de la voz del narrador. Al tratar del género científico, introduce aspectos de estilo, terminología, presencia de voces e invocación de fuentes. Aquí se concentra un campo de estudio sobre la forma de la Historia, su tipo de escritura y las marcas privativas del género.

El análisis de Lozano se nutre de la influencia de un artículo homónimo de Roland Barthes, “El discurso de la historia” (1967). Es un modelo brillante formulado con sencillez y precisión. El esquema analítico de Barthes discierne tres ámbitos: el hecho de decir o enunciación, el enunciado o el discurso producido y, para completar el conjunto, la significación o efecto simbólico del discurso histórico. Barthes indica que la escritura de la historia puede estudiarse a partir de las instancias formales del autor, el enunciado y el sentido. Y ha de responder a preguntas como éstas:

- a) *Enunciación*: ¿Cuáles son las marcas de la presencia del autor y de sus destinatarios? ¿Cuáles los signos de las operaciones organizativas del texto que hace el enunciatario? ¿Cómo pasa éste la palabra a otras voces testimoniales? ¿Cómo se construye el tiempo narrativo y qué asimetrías se detectan?
- b) *Enunciado*: ¿En qué categorías se distribuye las cosas narradas? ¿Cómo se relacionan los “existentes” (autores) y los “ocurrentes” (obras) del discurso? ¿Por qué el enunciado es asertivo y argumentativo?
- c) *Sentido*: ¿Qué efectos de significado desarrolla la escritura de género para persuadir de su veracidad? ¿Se puede afirmar que el discurso histórico es una elaboración ideológica del imaginario?

El modelo de Barthes es fundamental porque descubre los fundamentos retóricos de la historiografía y el alcance de la ciencia como formalidad cognoscitiva. El programa de la historiografía establece que el conocimiento histórico es inseparable de las mediaciones culturales.

Michel Foucault (1969, 1971) analizó los efectos en el discurso de las mediaciones culturales. En *La arqueología del saber* (1969) trató en especial del discurso histórico. Definió la Historia como una etnología interna, como una racionalidad retrospectiva que puede rehuir su cometido crítico y ser cómplice del pensamiento dominante.

Para Foucault el historiador ha de ser un intelectual que intenta contradecir las certezas recibidas de la tradición. La función de la Historia no es ayudar a reconocernos en el pasado sino conocer ese pasado. Y en consecuencia la función del historiador no es narrar la verdad de nuestra historia sino analizar la historia de nuestras verdades. Ello se traduce en considerar la historia de los historiadores y el proceso de creación de los relatos, en vez de buscar el pretendido origen en el que reside la legitimidad del discurso y de las instituciones

actuales. La obviedad y la naturalidad del conocimiento es una traba, una trampa para el historiador. El recurso para superarla es mediante la indagación que intente poner a prueba y contradecir la naturalidad de la Historia recibida.

En *La arqueología del saber* Foucault perfila un modelo crítico y señala determinadas mediaciones discursivas del historiador. En primer lugar, el historiador forma los objetos a partir de documentos e indicios y los transforma en monumentos o referencias memorables. Forma las modalidades y categorías de la Historia. Y también establece los conceptos y las estrategias con que se construye la narración. En estas instancias identifica Foucault las mediaciones discursivas de la Historia, que apuntan a la vinculación entre el saber y el poder, entre ciencia y legitimación de sus instituciones.

## 5. Voz y perspectiva

Sobre la estructura narrativa de los relatos, el psicolingüista Jerome Bruner (1990) desarrolla una teoría del dramatismo que se aplica a la ficción y a la Historia. Establece que la estructura del relato consta de cuatro constituyentes, que son agentividad, secuencialidad, voz y perspectiva. “Se necesita un medio que enfatice la acción humana o la “agentividad”, es decir, la acción dirigida a determinadas metas controladas por agentes. Hay personajes que realizan acciones. En otros términos, aquello que propone Barthes (1967), los personajes son los “existentes” y las acciones son los “ocurrentes” de la Historia de la Lingüística. Este es el componente de la agentividad. Y es el más visible porque está expresado de un modo explícito.

La narración de las acciones sigue un curso temporal, que puede ser continuo o fragmentado en saltos, progresivo o regresivo, anticipatorio o retrospectivo. El orden de las acciones puede identificarse en un referente temporal o resultar ambiguo. Y el relato aparece organizado en secuencias o unidades, sea mediante capítulos, partes o episodios. Estos rasgos remiten al componente de la temporalidad. En el género de la Historia la temporalidad es menos visible que la agentividad. Y suele atribuirse a razones externas, como el volumen o el propósito de la obra, sea un opúsculo o un tratado, una obra didáctica o de investigación.

El relato es la producción de un narrador. Figura en la obra la identidad de un autor o de un compilador. En el discurso aparecen referencias al narrador, anuncios de lo que vendrá, expresiones emotivas o juicios de valor. Y aunque no se manifieste a las claras esos elementos de la subjetividad, el relato sigue siendo la obra de un autor, la escritura de una mano. Estos elementos conforman el componente de la voz. En el género científico la convención es la discreción y la invisibilidad de la voz.

Los relatos pueden tener una función lúdica, persuasiva o formativa. Las narraciones entretienen, aconsejan o ilustran. Y tienen un referente o canon estético, moral o científico en el que se apoyan. Presentan una perspectiva de la ficción o de la realidad, que elogian o critican, que proponen como modelo o que disuaden de seguirla. El discurso histórico es una elaboración ideológica, una representación de lo real e inteligible. Y sigue un canon, un modelo historiográfico. Aquí nos desenvolvemos en el componente culminante y menos visible, el de la canonicidad o de la perspectiva.



La perspectiva, como culminación narrativa, establece el principio de la historia como actividad representativa. Dicho de otro modo, exhibe el principio de que la historia no preexiste al historiador, porque no hay relato sin selección de agentes, ni disposición del tiempo o sin voz que enuncie el discurso e interprete la realidad. En la jerga de la narratología, “una narración no puede carecer de una voz que la cuente” (Bruner 1990: 83).

## 6. La parábola del gobernante

Para concluir esta comparación entre el relato de ficción y de la Historia de la Lingüística recalamos de nuevo en la tradición popular persa. Apreciamos el valor didáctico de sus narraciones. Y leemos un cuento en el que vuelve a aparecer el sagaz personaje de Nasrudín (Shah 2004).

“¿Gobernante o tirano?”

Un día, Tamerlán estaba aburrido y decidió reírse de sus cortesanos.

—¿Qué soy? —preguntó a su astrólogo—, ¿un tirano o un gobernante?

—Un gobernante —respondió el cortesano. Fue inmediatamente decapitado.

El emperador se dirigió a un segundo cortesano:

—¿También piensas que soy sólo un gobernante?

—No, gran emperador Tamerlán. ¡Tú eres el tirano más poderoso del mundo!

También en esta ocasión, el sha ordenó al verdugo que se llevara al hombre. Finalmente, se dirigió a Nasrudín:

—¿Qué piensas que soy?

—No eres ni un tirano ni un gobernante —fue la respuesta.

—¡Explícate!

—Si fueras un tirano, no preguntarías a humildes cortesanos. Y si fueras un gobernante justo, no castigarías a los hombres por decir la verdad”.

El cuento procede de la compilación de Idries Shah *El mundo de Nasrudín. Cuentos sufíes*. Una parte de esas historias trata del poder político. Los dos cuentos que hemos leído aquí pertenecen a esa categoría. Y comparten un mismo nudo, el desafío que hace el poder al conocimiento. El duelo es desigual por la asimetría de los agentes. Tamerlán es el dueño absoluto y no conoce la piedad. Pone a prueba a sus consejeros y siega sus vidas movido por la frustración o la frivolidad. Sin embargo, la fortuna de Nasrudín nace de su originalidad. No pertenece al colectivo de profesionales del saber ni sigue sus prácticas. Sus fuentes son la intuición y la experiencia popular.

La estrategia de Nasrudín consiste en replantear el desafío y contradecir al emperador. En su comportamiento apreciamos una cualidad del historiador. Como escribe Nietzsche en el aforismo I de su libro *Aurora*, “el buen historiador, en definitiva, ¿qué hace sino contradecir?” (Morey 1986: 11). La crítica de las verdades recibidas, la aparición de la voz personal y la inversión de la perspectiva son aspectos de la labor del historiador, al igual que son rasgos del irreverente Nasrudín.

El dilema sobre la identidad del soberano, ya sea tirano ya gobernante, sugiere el envite que la ciencia lanza a sus historiadores. Formula preguntas aparentemente simples, pero que son fundamentales porque de las respuestas se derivan efectos notables. Así pues, se manifiesta del siguiente modo. ¿La Lingüística es una rama de los estudios humanísticos o bien una ciencia empírica? Y para dar con la respuesta apropiada hay que acudir a la perspectiva histórica. Como apunta Ranko Bugarski, hay un origen humanista y a él se añaden desarrollos empíricos y formales.

“Having started out as a branch of humanistic studies, linguistics later came to be regarded as a natural science, and, later still, as a social science displaying certain features of the exact sciences”.  
(Bugarski 1976: 5)

La naturaleza científica de la Lingüística es un dilema sutil y relevante. Al respecto contamos con una respuesta que ha tenido mucho eco. Y suena al estilo de Nasrudín, pero no alcanza su talento. Consiste en evitar cualquier elección. No se muestra preferencia alguna porque sencillamente se combina las dos opciones. Afirma que la lingüística es “la más científica de todas las humanidades y la más humanista de todas las ciencias”. Leemos la explicación y la crítica de esta postura ecléctica en el siguiente juicio de Bugarski (1976: 6):

“The observation one sometimes hears that linguistics is the most scientific of all the humanities and the most humanistic of all the sciences is thus not unfounded. And from this observation it is only a step to the prediction that such a field may make an especially significant contribution to the eventual removal of the rather artificial distinction between the sciences and the humanities.”

El historiador bosnio R. Bugarski admite que hay cierto fundamento en el aforismo de la doble identidad de la Lingüística. Es un fundamento histórico, porque suma pasado y presente, sin desestimar ninguna de estas fuentes, la humanística y la experimental. Pero a la vez, el historiador augura la superación de una distinción tan “artificial”. Separar el conocimiento en dos ramas tiene sentido. Pero es una idea arbitraria atribuir la condición científica sólo a una de ellas.

En el mundo de la ficción, quizá Nasrudín habría hallado una respuesta mucho más ingeniosa que la que se usa para definir la Lingüística con un estilo publicitario y un recurso salomónico. Como anhela Bugarski, ¿la Lingüística eliminará “la distinción más bien artificial entre las ciencias y las humanidades”? ¿Debería presentarse como una síntesis de ambas o bien desestimar esa distinción? Pero el debate va más allá de tales términos porque no es una cuestión de etiquetas. Plantea la elección entre diferentes enfoques de la propia Lingüística. ¿Qué es la Lingüística?, ¿un estudio de las estructuras o del uso?, ¿una disciplina axiomática o contextual? Son programas divergentes sobre cuyo valor los lingüistas debaten intensamente.

En definitiva, el debate sobre la identidad de esta ciencia arroja diversos interrogantes. ¿La Lingüística es canónica y excluyente o es diversa en paradigmas?, ¿dogmática o comprehensiva?, ¿es un tirano o un gobernante? ¿Qué dicen los historiadores que es Lingüística?, ¿gramática?, ¿epistemología de los universales?, ¿retórica y discurso? o también ¿antropología textual? El dilema no es resoluble mediante una elección entre

estas opciones sino con la crítica de la conciencia histórica. El dilema del emperador es resoluble contradiciendo su planteamiento y proponiendo una narración propia y soberana. Una muestra de esta labor se halla en el estudio de las fuentes de la Lingüística y en la visibilidad de la retórica como primer metalenguaje sobre el discurso (Laborda 2005).

La pregunta sobre cuánto vivirá Tamerlán es una variación sobre la identidad del poder. Sus límites temporales son los límites de su grandeza. La profecía que demanda habrá de confirmar los atributos del imperio. La lingüística ha encarnado el señorío de Tamerlán, pues ha sido la referencia de las ciencias a mediados del siglo XX. Fue paradigma general con el apogeo de estructuralismo y generativismo (Laborda 2009). Y en ese período tuvo un especial impulso la investigación histórica. La inquisición del poder sobre su longevidad se asemeja a la voluntad de los lingüistas por una profecía inversa, la de los orígenes de su disciplina. La Lingüística interroga a los historiadores sobre su pasado ¿Hasta qué época se extiende y en qué tipo de producciones? ¿Comienza en 1916 con el *Curso* de Sausurre?, ¿en el comparatismo del XIX? o bien ¿es inmemorial su pasado? Ante estas opciones es plausible que el lingüista se sienta insatisfecho: “Unos ofrecen una historia muy corta y otro intenta salvar su plaza de historiador”.

La historiografía tiene el reto de responder con la sagacidad de Nasrudín. No puede valerse de estratagemas ni tampoco incurrir en una simplificación del problema. La historiografía es una antropología textual que reflexiona sobre la comprensión de paradigmas. Describe cómo se han producido y difundido los conocimientos lingüísticos, con atención al contexto social y cultural. En definitiva, la historiografía se propone la interpretación de los discursos como respuesta práctica y crítica al problema de la conciencia histórica. ¿Y cómo puede cumplir este cometido? Tal como afirma Emilio Lledó (1991), “la historia del pensamiento es la historia de la escritura”. Una respuesta que, a primera vista, parece no serlo.

**Xavier Laborda**

Universidad de Barcelona

[xlaborda@ub.edu](mailto:xlaborda@ub.edu)



## Referencias Bibliográficas

- Aranguren, J. L. (1985): "Sobre la historia de la Historia", *El País*, 20-10-1985, pp. 11-12.
- Barthes, R. (1967): "El discurso de la historia", R. Barthes, *El susurro del lenguaje*, Barcelona: Paidós, 1987, pp. 163-177.
- Barthes, R. (1968): "La muerte del autor", R. Barthes, *El susurro del lenguaje*, Barcelona: Paidós, 1987, pp. 65-71.
- Bech, J. M. (1997): *Les idees que s'oculten en el temps. Dificultats teòriques i perspectives crítiques en la història del pensament*, Barcelona: Edicions de la Universitat de Barcelona.
- Bruner, J. (1990): *Actos de significado. Más allá de la revolución cognitiva*, Madrid: Alianza Editorial.
- Bugarski, R. (1976): "The object of Linguistics in Historical Perspective", H. Parret (ed.), *History of linguistic thought and contemporary linguistics*, La Haya: Gruyter, pp. 3-12.
- Chartier, R. (1993): "Narración y verdad", *El País*, 29-7-1993, Cuaderno sobre historia, pp. 1 y 4.  
— (s. f.): *El mundo como representación. Historia cultural: práctica y representación*, Barcelona: Gedisa, 1992.
- Dijk, T. van (1978): *La ciencia del texto*, Barcelona: Paidós, 1989<sup>2</sup>.
- Durand, G. (1979): *De la mitocrítica al mitoanálisis*, Barcelona: Anthropos, 1993.
- Escavy, R., Terrés, J. M., Roldán, A. (eds.) (1994): *Actas del congreso internacional de historiografía lingüística. Nebrija V centenario: 1492-1992*, Murcia: Universidad de Murcia, 3 vols.
- Fish, S. (1989): *Práctica sin teoría: retórica y cambio en la vida institucional*, Barcelona: Destino, 1992.
- Foucault, M. (1971): *El orden del discurso*, Barcelona: Tusquets, 1973, 1987.
- Foucault, M. (1969): *La arqueología del saber*, México: Siglo XXI, 1970.
- Gadamer, H.-G. (1958?): *El problema de la conciencia histórica*, Madrid: Tecnos, 1993.
- Gadamer, H.-G. (1960): *Verdad y método*, Salamanca: Editorial Sígueme, 1991, 2 vols.
- García Calvo, A. (1983): *Historia contra tradición. Tradición contra historia*, Madrid: Lucina.
- Laborda, X. (2002): "Historiografía Lingüística: veinte principios del programa de la investigación hermenéutica", *Revista de Investigación Lingüística*, 1,5, pp. 197-207.
- Laborda Gil, X. (2005): "Historiografía Lingüística y visibilidad de la Retórica", *Revista de Investigación lingüística*, 8,8, pp. 85-130.
- Laborda, X. (2009): "Esplendor social de la Lingüística y el Simposio de Arquitectura de 1972 en Castelldefels", *CLAC*, 39 (IX-2009), pp. 94-116.
- Lledó, E. (1991): *El silencio de la escritura*, Madrid: Centro de Estudios Constitucionales.
- Lozano, J. (1987): *El discurso histórico*, Madrid: Alianza Universidad.
- Morey, M. et alii (1986): *Recordar Foucault*, Barcelona: Fundació Caixa de Pensions.
- Rorty, R. (1979): *La filosofía y el espejo de la naturaleza*, Madrid: Cátedra, 1989.
- Shah, I. (2004): *El mundo de Nasrudín. Cuentos sufíes*, Barcelona: RBA.
- Veyne, P. (1971): *Cómo se escribe la historia. Foucault revoluciona la historia*, Madrid: Alianza Editorial, 1984.

- White, H. (1987): *El contenido de la forma. Narrativa, discurso y representación histórica*, Barcelona: Paidós, 1992.